

LA NOCHE Y LA INSPIRACION.

A MI AMIGO EL ARTISTA

DON JULIAN ROMEA.

I.

La noche sobre el mundo desplomada,
Tendió en él de su sombra el ancho velo,
Porque su sueño no turbase osada
La lumbrera de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara
Con tan espesa red sombra importuna,
Antes que con pavor se desvelara,
Trepó al cenit la trasparente luna.

A la amarilla luz con que ilumina
Cobijase la sombra en los rincones;
Y reflejan su llama peregrina
Rios, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño,
De la virgen sonre el labio amante,
La tierra desplegó su adusto ceño
Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,
Duerme el pastor cansado en su cabaña,
Este tranquilo, el otro receloso,
Soñando avaro la fortuna estraña.

Duerme al pié de sus armas el soldado,
Duerme el mendigo tras de larga vela,
Mientras por este vela su cuidado,
Y por aquel el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,
Duerme la fiera en su morada impura,
Aquella por las ráfagas mecida,
Esta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,
Guardan las nubes la tormenta inerme.
Todo entre sombras á la par reposa,
El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría,
Al grato son del arpa melodiosa
Ensayabas cantares algún día
Bajo el balcón de tu adorada hermosa,

Déjame que hoy en soledad delire,
Y á delirar contigo me aventure,
Que en tus brazos un hora en paz respire
Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores
En insensatos himnos juveniles,
Y el arpa tosca coroné de flores
Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,
Y con la vida en mi ilusión luchando,
Orlé el mundo de falsos oropes,
Allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté: mis fábulas soñadas,
Mis delirios de amor perdí en el viento,
Y el viento, como ramas desgajadas,
Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera
Mas que la voz un poco enronquecida,
Y el velo de la negra cabellera,
Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,
Y el afán de cantar mientras aliente,
Mientras gravite en la vital balanza
La vanidad del corazón demente.

Quédame aún altivo y vigoroso,
De noble inspiración el fuego santo,
Quédasme tú, poeta generoso,
Para escuchar mi desmayado canto;

Tú, que vas á las tumbas de los hombres
A buscar un disfraz y una careta,
Para escurar con los difuntos nombres
Tus amargas creencias de poeta;

Tú, que el abrigo de ignoradas leyes,
Con la antifaz de un muerto, en gesto bravo
Parodias los esclavos y los reyes,
Riéndote del rey y del esclavo;

Tú, que en la farsa del ocioso mundo,
Preparando otra farsa al mundo mismo,
Le das á devorar su cieno inmundo
En formas de virtud y de heroísmo.

Quédasme tú y la noche silenciosa
Con su turbio fanal, tocas azules;
La soledad del bosque religiosa
Con su manto de pinos y abedules.

Quédame el templo con su acorde coro,
Sus capillas, sus lámparas y altares,
Su santa cruz, sus incensarios de oro,
Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbecil farsa
Que en su tablado inmenso se coloca;
Todo el teatro, en fin, sin la comparsa
Que bulle en él desordenada y loca.

No mas la cantaré sus devaneos;
Ya se acabó mi cántico mundano,
Que me cansan sus falsos galanteos
Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta,
Espiró mi cantar, rompí mi lira:
Solo mi lengua mis caprichos canta,
Solo esa farsa compasión me inspira.

Puesto que un mundo me finjé tan bello
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,
Hoy por la turba impávido atropello,
Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy á la lumbrera de la blanca luna
Escúchame la inspiración sublime,
Que me bulle en el ánimo importuna
Y el perezoso corazón me oprime.

Porque ese cielo azul, y esa ancha sombra
Que mitiga la luz que el sol enciende,
Con que la noche su palacio alfombra
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo silencio y pavoroso
Que regala el cansancio del oído,
Y en pabellón convierte de reposo
El mundo que á sus piés yace dormido;

Son una inspiración dulce, tranquila,
Vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,
En que el dudoso corazón vacila
La que habló Calderón y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos,
Ni revelarla osó ningún profeta:
¡Oh! ven; que mientras duermen los mundanos
Yo siento en mí la inspiración inquieta.

Oyela tú, que brota solitaria
Para tí, en tu pacífico retiro,
Como amorosa y lánguida plegaria,
Como amistoso y postrimer suspiro.

II

Pende del cenit la luna,
Reverberan las estrellas,
La vida se vierte de ellas,
Porque pensar es vivir.
Vacila inquieta la mente,
El pensamiento medita,
Ociosa el alma se agita
Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña
Cristalina y mansa fuente,
Crea imágenes la mente
Que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
Una idea el pensamiento,
Y sin gozo y sin tormento
La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,
Turbulenta, revoltosa,
Un fantasma de una cosa
Que no hemos visto jamás:
Una fosfórica llama
Que nos sigue y la seguimos,
Adelante si la huimos,
Si la buscamos, detras.

Idea que brota informe
En la languidez del alma,
Que nace y muere en la calma
Del placer ó del pesar;
Una idea que no estorba
Para ver lo que se mira,
Que nada en el alma inspira,
Y en nada deja pensar:

No es muger, demonio, ni ángel,
No es esperanza ni gloria,
Pero existe en la memoria
Sin fuerza y sin voluntad:
Si el alma padece es triste,
Y si goza es lisonjera,
Y si el alma desespera,
La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,
Se revuelve y se acrecienta
De la noche amarillenta
Al silencioso rumor;
Y el susurro de una brisa,
El murmullo de una fuente,
La mantienen en la mente
Sin hacérsola mejor.

Entonces es cuando el hombre
Piensa sin saber qué piensa,
Y aborta una idea inmensa
Sin concebirla tal vez;
Entonces es cuando mira
En la tierra un hondo foso,
Y un pabellón de reposo
Del cielo en la brillantez.

La soledad y el silencio
Exhalan vaga armonía
Que el oído no oír,
Y atenta el alma escuchó.
Una música con formas,
Que al resbalar en la mente,
Nos deja lánguidamente
La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos
En blando sueño deliran,
Y en torno al ánimo giran
Ilusiones mil á mil.
El oído oye murmullo,
El olfato aspira olores,
Los ojos crean colores
En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes
Con ruinas, templos y fiestas,
Y oímos coros y orquestas,
Y suspirar y reír;
Sentimos rios que corren,
Vistas aves que vuelan,
Manantiales que rielan,
Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura
Sotos y villas lejanas,
Y oímos en sus campanas
El apagado doblar;
Vemos formas misteriosas
Que sonrien pasajeras,
Y lumbre de mil hogueras
Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,
Insectos, monstruos y flores
Que nos dan ricos colores,
Y movimiento que ver;
Vemos un mundo cerrado
En transparentes encajes,
Entre flotantes celajes,
Cercano á desaparecer.

Y oímos dentro del pecho
El uniforme latido
Del corazón abatido
Que dentro velando está;
Como un reloj cuya péndola,
Sorda, monótona y lenta,
Los pasos del tiempo cuenta,
Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre,
Ni dormimos, ni velamos:
Vemos lo que no miramos,
Sentimos lo que no es.
Y á un movimiento, á un suspiro
Que olvidados exhalamos,
Todos nuestros sueños vemos
Pavesas á nuestros pies.

No es dormir, y se despierta,
No es muerte, y se vuelve á vida,
Y allá en la mente escondida
Se levanta una creación.
Entonces el pintor pinta,
El músico escucha y toca,
Y el poeta halla en su boca
Palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado
De fuego su pensamiento,
De fuego el osado aliento,
De fuego el habla mortal;
Hay un volcán en su lengua,
Y un volcán en su mirada,
Y cruza el mar de la nada
Con su mirada inmortal.

Entonces Byron escribe,
Entonces pinta Murillo,
Y el sol vierte escaso brillo
Su aborto para alumbrar;
Entonces Hoffman delira,
Y en torno de su ponchera
Como en torno de una hoguera
Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderón llama,
Y á su vigoroso acento
Cielo, infierno, en un momento
Parecen delante de él.
Y paseando allí sus ojos
Seres buscando inmortales,
Sus Autos sacramentales
Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,
Este alcázar de ceniza
Que el ánimo diviniza
Por ser cárcel de los dos;
Mientras ella libre, ufana,
Hija de celeste prole,
De su estirpe soberana
Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansioso registra
Sin respetos ni barreras,
En pos de lindas quimeras
Con que hacer mundo mejor;
Y ni templos, ni palacios,
Ni presentes, ni futuros,
En la nada están seguros
De su ímpetu creador.

A su voz dejan los muertos
Sus encierros funerarios,
Envolviendo en los sudarios
Lo que queda de su ser;
Santos, criminales, niños,
Eslavos, soldados, reyes,
Sus caprichos como leyes
Se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango
Ante su origen divino,
El universo mezquino
A su noble inmensidad:
Dios es el fin de su raza,
Es la atmósfera su aliento,
Su alcázar el firmamento,
Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos
El fuego febril del alma,
Lope, Schiller, Maiquez, Talma,
Atan el mundo á sus pies.
Y entonces ¡oh actor poeta!
En tu espíritu altanero,
Ni el poeta está primero
Ni el actor está despues.

Es el teatro tu imperio,
Es el pueblo esclavo tuyo,
Tus derechos el misterio
De tu osada inspiración,
Y nosotros, los profanos,
Asombrados te rendimos
Sonoro aplauso en las manos,
Respeto en el corazón.

Me atosiga y da tormento
Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué extraño que ignores
Su nombre y el de su gente,
Si sus escombros traidores
Desplomó sobre la frente
De sus caídos señores?

Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas,
Hallas un cerro cercano
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara
Entre los juncos se pliega,
Y en un remanso se para,
Que de los restos se ampara
De Celada y de Pampliega;

Allí, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura;
Mírala ¡oh río! al pasar,
No te avergüences el andar
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo
Verás solo un torreón,
Solitario y amarillo,
Que ayer se llamó castillo
Y hoy el alto de Muñón.

Ya son presa del olvido
Sus blasones y baluartes;
Mírole, Arlanza, atrevido,
Sus gentes cuando han huido
Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh río! en caridad
Si de ese fantasma al pie
Una afligida beldad
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda
Las resbaladizas hondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, río, la saludá
Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!
Por respeto ó por temor
De su doliente desvío,
El llanto que vierte es mío,
Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena;
Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!

Y en la altivez de tu orgullo
Llegan á tí nuestras voces
Como el escaso murmullo
Que alza un insecto al volar;
Y á tu vista somos solo
Nosotros, un pueblo entero,
Un revoltoso hormiguero
Que va tu planta á segar.

Entonces magnates, reyes,
Caudillos, conquistadores,
Privados, emperadores,
Son allí menos que tú;
Y ante tus falsos disfraces
Es tierra, harapos y talco
Cuanto ostenta altivo palco
De oro, perlas y tisú.

UN RECUERDO DEL ARLANZA

Río Arlanza, si las fuentes
Que en Burgos te dan el ser
No cegaron sus corrientes,
Y aún en tí van á verter
Sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas
Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura
Hay un pardo torreón
Que pinta en el agua pura
Su descarnada figura
Como extraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,
No te acuerdes de su nombre,
Porque á tí no te se alcanza
Con cuánto afán compra el hombre
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno
Entre flores susurrando,
Y pasas libre y sereno
Del triste que queda ajeno
En la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,
No guardas en la memoria
Los lugares que dejaste,
Que no te importa la historia
De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,
Lo que pesa un pensamiento,
No sabes cómo en el mío

¡Ay de la angustiada hermosa
Por cuyos ojos deliro,
Por cuyos labios de rosa,
Por cuya risa amorosa
Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí
En la márgen del Arlanza....!
¡Qué aguardas, hermosa, dí,
Sin consuelo ni esperanza,
Tan acongojada aquí?

¡Por qué tus alegres horas
Vertiendo lágrimas pierdes
Sobre las hondas sonoras,
Que cruzan murmuradoras
Por esas campiñas verdes?

Esas aguas que hallan flores
En la ribera al pasar,
Por mas que sobre ellas llores
Nunca tus cuitas de amores
Sabrán, niña, consolar.

Ni por mas que tu amargura
En són de queja las cuentas,
A la falda de esa altura
Movidas de tu hermosura
Han de parar sus corrientes.

Porque ajenas de tu afán
Por el valle resbalando
Indiferentes irán;
Y nunca mas volverán,
Aunque tú quedes llorando.

Ni pienses que han de venir
A contarme el desconsuelo
En que te vieron gemir,
Que á darnos no alcanza el suelo
Mas placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,
Nos dió luz, vida y calor,
Pobló el agma de ilusiones,
Mas negó á los corazones
El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,
Tantas galas y primores,
Son mentira y oropel,
Que el mundo alfombra con flores
Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen,
Y corrompidas no aroman,
Los rios furiosos crecen,
Y torrentes se desplomán
Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fué.
Hoy vemos informe ruina,
Por mas que el grosero pié

Mirando su sombra esté
Sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento
Que levanta en el espacio
Su esqueleto ceniciento,
Demándole, niña, al viento,
Si fué cárcel ó palacio.

Demándole al claro rio
Que baña el valle que habitas,
Qué hizo ayer el tiempo impío,
Del feudo y del poderío
De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron
Los nobles de esa Castilla,
Los castillos que vinieron,
Los planteles que tuvieron
En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio
Encubre esa cruz que riega
Cual árbol de un cementerio
Donde tuvo un monasterio
Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas
De su bisantino muro
Oyó las amargas quejas
Del rey que en su templo oscuro
Lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir
Al monarca en su abandono,
Que un puñal le hizo subir
Los escalones del trono,
Y un vaso se le hizo huir.

Para escojer le llamaron
Entre morir y reinar;
Los que ayer le coronaron,
Su vénia no demandaron
El tósigo al preparar.

¡Triste Wamba! por mancilla
La púrpura te vistieron
Esos grandes de Castilla,
Que tu sepulcro tendieron
A las puertas de esa villa.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Tan frágil es mi esperanza
Como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, rio manso,
Resbalando indiferente,
Hallar como tú descanso
Cuando apilas tu corriente
En escondido remanso!

Pues pasas murmurador
Bordando el campo de flores,
Arrulla ¡Arlanza! el dolor
De esa niña sin amores,
Qué está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido
Quien encontró á mis cantares
El placer que no he sentido,
Que en ello gozo he finjido
Por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento,
Al compás del arpa loca
Alegre y báquico acento,
Es que cierro á mi tormento
Los caminos de mi boca.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Dila que está mi esperanza
Cabe tus ondas azules!

A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

TRADICION DE TOLEDO.

I.

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna,
Con resplandor fugitivo
La baja tierra no alumbra
La brisa con frescas alas
Juguetera no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran,
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura,
De fantasmas apiñados
Medrosa y gigante turba;
Y alguna vez desprendida,
Gotea pesada lluvia
Que no despierta á quien duerme,
Ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
Entre la sombra confusa,
Y el Tajo á sus piés pasando,

Con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
Sonar perdido se escucha,
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
Cuando á lo lejos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste,
No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda
La vigilante figura,
Y tan á la sombra vela,
Que entre la sombra se ofusca.
Frente por frente á sus ojos,
Un balcon á poca altura
Deja escapar por los vidrios
La luz que dentro le alumbra.
Mas ni en el claro aposento,
Ni en la callejuela oscura
El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
Que pudiera haberse duda
De si es hombre, ó solamente
Mentida ilusion nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro á la calle,
Resuelto y audaz pregunta:
¡Quién va?—y á corta distancia
El igual compás se escucha
De un caballo que sacude
Las sonoras herraduras.
¡Quién va? repite, y cercana,
Otra voz menos robusta
Responde:—Un hidalgo; ¡calle!
Y el paso el bruto apresura.
—Téngase el hidalgo, el hombre
Replica, y la espada empuña.
—Ved mas bien si me hareis calle,
(Repusieron con mesura)
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Iban de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña y perdone:
Dijo el mozo en faz de fuga,
Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato, y se oculta.
Para el ginete á una puera,
Y con precaucion difusa
Salió una niña al balcon,
Que llama interior alumbra.
—¡Mi padre!—clamó en voz baja;
Y el viejo, en la cerradura
Metió la llave pidiendo

A sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas brisas
Tomó la cabalgadura,
Cerrose detrás la puerta,
Y quedó la calle muda.
En esto, desde el balcon,
Como quien tal acostumbra,
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara á Iban de Acuña,
Y huyeron, en el embozo
Velando la catadura.

II.

Clara, apacible y serena
Pasa la siguiente tarde,
Y el sol tocando su ocaso
Apaga su luz gigante:
Se ve la imperial Toledo,
Dorada por los remates
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame,
Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales,
Como en prendas de que el rio
Tan afanoso la bañe.
A lo lejos en la vega
Tiende galan por sus márgenes
De sus álamos y huertos
El pintoresco ropaje,
Y porgue su altiva gala
Mas á los ojos halague,
La salpica con escombros
De castillos y de alcázares,
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
Por quien dejó un rey culpable
Amor, fama, reino y vida,
En manes de musulmanes.
Allí recibió Galiana
A su receloso amante
En esa cuesta que entonces
Era un plantel de azahares.
Allá por aquella torre
Que hicieron puerta los árabes,
Subió el Cid sobre Babieca
Con su gente y su estandarte.
Mas lejos se ve al castillo
De San Servando, ó Cervantes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
Por dó sacó vigilante
El conde Don Peranzueles

Al rey, que supo una tarde
Finjir tan tenaz modorra,
Que político y constante
Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un pueblo grande,
Y aquí la antigua Basílica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los padres,
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambron y Visagra
Los caminos desiguales
Camino á los toledanos
Hácia las murallas abren.
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanes;
Y los clérigos y monges,
Y los prelados y abades,
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
De impetuosos ademanes
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
Con decision de evitarle,
Y él contempla á los que pasan
Como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
Los pasos al divisarle,
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate;
Y los valientes le miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En riña sonora dancen.
Una muger tambien sola
Se viene el llano adelante
La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
Y en lo flexible del talle,
Puede á través de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecho al que aguarda,
Y él al encuentro la sale
Diciendo. cuanto se dicen
En las citas los amantes.
Mas ella galanterías
Dejando severa aparte

Así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave.

—“Abreviemos de razones,
Diego Martinez; mi padre,
Que un hombre ha entrado en su ausencia
Dentro mi aposento, sabe:
Y así quien mancha mi honra
Con la suya me la lave;
O dadme mano de esposo,
O libre de vos dejadme.”—

Miróla Diego Martinez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo
Repuso palabras tales:
—“Dentro de un mes, Inés mia,
Parto á la guerra de Flandes;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares
Honra que yo te desluzca
Con honra mia se lave.
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen.
—Júralo,—esclamó la niña.
—Mas que mi palabra vale
No te valdrá un juramento.—
—Diego, la palabra es aire.
—¡Vive Dios que estás tenaz!
—Dalo por jurado y baste.—
—No me basta, que olvidar
Puedes la palabra en Flandes.—
—¡Voto á Dios! ¿qué mas pretendes?
—Que á los piés de aquella imágen
Lo jures como cristiano,
Del Santo Cristo delante.”—

Vaciló un punto Martinez,
Mas porfiando que jurase
Llevóle Inés hácia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero
En duro y postrero trance,
Ceñida la cien de espinas,
Descolorido el semblante,
Víase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre,
A quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,
Y haciendo Inés que Martinez
Los sagrados piés tocase,
Preguntóle:

—Diego, ¿juras
A tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:
—¡Sí juro!—
Y ambos del templo se salen.

III.

Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado había,
Mas de Flandes no volvía
Diego que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
Su vuelta aguardando en vano,
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los piés
Do puso el galan su mano.

Todas las tardes venía
Despues de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedía
La vuelta del español,
Y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
Sin dueña y sin escudero,
En un manto una muger
El campo salía á ver
Al alto del miradero.

¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que él se abruma
Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto don,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en zelos
Que abrazan el corazon.

Si es cierto lo que se espera
Es un consuelo en verdad,
Pero siendo una quimera,
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar.

En vano á su confesor
Pidió remedio ó consejo
Para aliviar su dolor,
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.

En vano á Iban acudia
Llorosa y desconsolada,
El padre no respondía,
Que la lengua le tenía
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
 Callando el padre severo
 Y suspirando la bella,
 Porque nació muger ella,
 Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
 En esperar y gemir,
 Y las guerras acabaron,
 Y los de Flandes tornaron
 A sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
 Un mes y otro mes pasó,
 Y el tercer año corria;
 Diego á Flandes se partió,
 Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,
 Doraba el sol de occidente
 Del Tajo la vega amena,
 Y apoyada en una almena
 Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
 Las riberas azotando
 Bajo las murallas solas,
 Musgo, espigas y amapolas
 Ligeramente doblando.

Algun olmo que escondido
 Creció entre la yerba blanda,
 Sobre las aguas tendido
 Se reflejaba perdido
 En su cristalina banda.

Y algun ruiseñor colgado
 Entre su fresca espesura,
 Daba al aire embalsamado
 Su cántico regalado
 Desde la enramada oscura.

Y algun pez con cien colores
 Tornasolada la escama,
 Saltaba á besar las flores
 Que exalan gratos olores
 A las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
 El torreón se dibuja,
 Como el contorno redondo
 Del hueco sombrío y hondo
 Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
 El rigor de su fortuna,
 Y así la tarde pasaba
 Y al horizonte trepaba
 La consoladora luna.

A lo lejos por el llano
 En confuso remolino
 Vió de hombres tropel lejano,

Que en pardo polvo liviano
 Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
 Y llegando recelosa
 A las puertas del Cambrón,
 Sintió latir zozobrosa
 Mas inquieto el corazón.

Tan galan como altanero
 Dejó ver la escasa luz,
 Por bajo el arco primero
 Un hidalgo caballero
 En un cebra'lo andaluz.

Jubon negro acuchillado,
 Banda azul, lazo en la hombrera,
 Y sin pluma al diestro lado
 El sombrero derribado
 Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
 Bota de ante, espuela de oro,
 Hierro al cinto suspendido,
 Y á una cadena prendido
 Agudo cuchillo moro.

Vienen tras ese ginete
 Sobre potros jerezanos
 De lanceros hasta siete,
 Y en adarga y coselete
 Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés
 Gritando:—¡Diego, eres tú!—
 Y él viéndola de través
 Dijo—¡Voto á Belcebú,
 Que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
 Tal respuesta al escuchar,
 Y á poco perdió el sentido,
 Sin que mas voz ni gemido
 Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas
 Encomendóla á su gente,
 Diciendo:—¡Malditas viejas,
 Que á las mozas malamente
 Enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitán
 A su potro las espuelas
 El rostro á Toledo dan,
 Y á trote cruzando van
 Las oscuras callejuelas.

IV.

Así por sus altos fines
 Dispone y permite el cielo,
 Que puedan mudar al hombre
 Fortuna, poder y tiempo.

V

Era entonces de Toledo
 Por el rey gobernador
 El justiciero y valiente
 Don Pedro Ruiz de Alarcon.
 Muchos años por su patria
 El buen viejo peleó;
 Cercenado tiene un brazo,
 Mas entero el corazón.
 La mesa tiene delante,
 Los jueces en rededor,
 Los corchetes á la puerta
 Y en la derecha el baston.
 Está, como presidente
 Del tribunal superior,
 Entre un dosel y una alfombra
 Reclinado en un sillón,
 Escuchando con paciencia
 La casi asmática voz,
 Con que un tetrico escribano
 Solfea una apelacion.
 Los asistentes bostezan
 Al murmullo arrullador,
 Los jueces medio dormidos
 Hacen pliegues al ropon,
 Los escribanos repasan
 Sus pergaminos al sol,
 Los corchetes á una moza
 Guinan en un corredor,
 Y abajo en Zocodover
 Gritan en discordie son
 Los que en el mercado venden
 Lo vendido y el valor.

Una muger en tal punto
 En faz de grande afliccion,
 Rojos de llorar los ojos,
 Ronca de gemir la voz,
 Suelto el cabello y el manto,
 Tomó plaza en el salon,
 Diciendo á gritos:—¡Justicia,
 Jueces, justicia, señor!—
 Y á los piés se arroja humilde
 De Don Pedro de Alarcon,
 En tanto que los curiosos
 Se agitan al rededor.
 Alzóse cortés Don Pedro
 Calmando la confusion
 Y el tumultuoso murmullo
 Que esta escena ocasionó,
 Diciendo:

—Muger, ¿qué quieres?—

Quiero justicia, señor.—

¿De qué?—

—De una prenda hurtada.—

—¿Qué prenda?—

—Mi corazón.—

—¿Tú le diste?—

—Le presté.—

—¿Y no te le ha vuelto?—

—No.

—¿Tienes testigos?—

A Flandes partió Martinez
 De soldado aventurero,
 Y por su suerte y hazañas
 Allí capitán le hicieron.
 Según alzaba en horrores
 Alzábase en pensamientos,
 Y tanto ayudó en la guerra
 Con su valor y altos hechos,
 Que el mismo rey á su vuelta
 Le armó en Madrid caballero,
 Tomándole á su servicio
 Por capitán de lanceros.
 Y otro no fué que Martinez
 Quien á poco entró en Toledo,
 Tan orgulloso y ufano
 Cual salió humilde y pequeño.
 Ni es otro á quien se dirige
 Cobrado el conocimiento,
 La amorosa Inés de Vargas,
 Que vive por él muriendo.
 Mas él, que olvidando todo
 Olvidó su nombre mesmo,
 Puesto que Diego Martinez
 Es el capitán Don Diego,
 Ni se ablanda á sus caricias
 Ni cura de sus lamentos;
 Diciendo que son locuras
 De gente de poco seso,
 Que ni él prometió casarse
 Ni pensó jamas en ello.
 ¡Tanto mudan á los hombres
 Fortuna, poder y tiempo!
 En vano porfiaba Inés
 Con amenazas y ruegos;
 Cuanto mas ella importuna
 Está Martinez severo.
 Abrazada á sus rodillas
 Enmarañado el cabello,
 La hermosa niña lloraba
 Prostrada por el suelo.
 Mas todo empeño es inútil,
 Porque el capitán Don Diego
 No ha de ser Diego Martinez
 Como lo era en otro tiempo.
 Y así llamando á su gente
 De amor y piedad ageno,
 Mandoles que á Inés llevaran
 De grado ó de valimiento.
 Mas ella, antes que la asieran,
 Cesando un punto en su duelo,
 Así habló, el rostro lloroso
 Hacia Martinez volviendo:
 —“Contigo se fué mi honra,
 Conmigo tu juramento;
 Pues buenas prendas son ambas,
 En buen fiel las pesaremos.”—

Y la faz descolorida
 En la mantilla envolviendo,
 A pasos desatentados
 Salióse del aposento.